



Editorial
Granada Club Selección
Granada Costa



LOS LATIDOS DE LA PASIÓN

Lola Benítez Molina



1ª Edición: año 2022

Copyright: María Dolores Benítez Molina

Copyright de esta edición: Editorial Granada Club Selección

I.S.B.N.: 978-84-

Depósito legal: GR

Edita: Editorial Granada Club Selección

Empresa Distribuidora: Editorial Granada Club Selección

Avda. de Andalucía 16.

18611 MOLVÍZAR (Granada)

Teléfono Redacción: 958 62 64 73

E-mail: editorial@granadacosta.net



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa y por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante cualquier alquiler o préstamos públicos.

LOS LATIDOS DE LA PASIÓN
MARÍA DOLORES BENÍTEZ MOLINA

EDITORIAL GRANADA CLUB SELECCIÓN

PRÓLOGO

Los latidos del corazón, éste es el sugestivo, emocionante y atractivo título de la segunda novela de Lola Benítez Molina. Está compuesta por once capítulos, epílogo y muchos ingredientes que darían para más páginas y páginas. Escrita en primera persona, cuya protagonista principal, Mara, es una cualificada periodista, madre de un hijo, que ahora trabaja en un prestigioso periódico en Dussendorf (Alemania), donde vive, aunque tiene que trasladarse a cualquier lugar o país del mundo con frecuencia.

A Mara le encanta su trabajo, viaja constantemente y a la vez se marca retos que le estimulan y dan emoción a la novela. A lo largo de los once capítulos va narrando encuentros, situaciones comprometidas, aventuras... hechos cotidianos que nos podrían suceder a cualquiera de nosotros; de tal manera que abundan las preguntas retóricas que, a veces, encuentran - o no - respuesta, pero que le sirven de desahogo en esos momentos. **¿Ensoñación o realidad?** Mara necesita el amor, busca el amor, también la comprensión y la felicidad. ¿Y a quién no? Por eso escribe:

“La ilusión es un hermoso sentimiento que, aunque efímero, es lo más parecido a la felicidad”, “el ser humano está ávido de amor y comprensión”.

Como escribió Paul Eluard: *“Existen otros mundos pero están en éste”.*

Lola emplea una prosa directa, sin artificios, sencilla, que invita al lector a reflexionar cuando nos introduce en los distintos escenarios que se van sucediendo. Para ello, a menudo hace uso del flashback. Lo podemos apreciar en los personajes de Noel, Alfonso y Valeria, su gran amiga. Con ella dialoga y le confía sus secretos, pues tiene un pasado y presente bastante parecido al de Mara. Afirma: *...tú sostienes mi espíritu y mi aliento... en esos sueños donde parece descansar el tiempo y detenerse.*

Los latidos de la pasión se hacen evidentes cuando Mara conoce a Alfonso, un empresario, culto, elegante en el comportamiento, en el vestir, en los modales, en ese saber estar en todo momento y en toda situación que a todos atrae y cautiva, de los que se podría decir *todo un caballero*. Tiene una vasta biografía por la que Mara se siente fascinada; y sus ricas experiencias que no están exentas de altibajos, tropiezos y crisis de todo tipo - muy parecidas a las que estamos sufriendo en estos momentos - Alfonso, por un tiempo ocupará un lugar en su corazón, ya que Noel sigue desaparecido.

Exclama: *¡cómo pesa el pasado cuando ha existido una historia de amor inconclusa! o Necesitaba una ilusión en mi vida...*

Con el estilo elegante y cuidado que caracteriza a Lola, nos hace un retrato perfecto de Alfonso y otros personajes secundarios.

Esta novela está escrita con el corazón, desde el sentimiento, la ternura, el miedo, el dolor, la soledad... todo lo que van dictando los latidos... con las características propias de una persona romántica como es Lola Benítez.

Para completar la novela Lola Benítez nos da unas pinceladas relacionadas con la medicina, como son los avances técnicos en la investigación de la curación del cáncer, el Alzheimer, los estudios de las células madre o el envejecimiento, entre otros.

Y como homenaje a su padre, Carlos Benítez que nos dejó el año pasado, nos ofrece dos de sus sonetos dedicados a su Málaga natal.

Lola Benítez de carácter alegre, positiva, trabajadora, culta, inteligente, gran lectora - pues la lectura y escritura son su tabla de salvación - ha enriquecido la novela con citas de sus autores preferidos.

Después de leer **Los latidos de la pasión**, nadie se va a sentir indiferente, es una invitación a la reflexión, a vivir el presente, superar miedos, sacar lo positivo de cada día de nuestra vida, en definitiva, SER FELICES.

Aurora Fernández Gómez
Granada 19 de mayo de 2022

CAPÍTULO I

Aquel día el sol brillaba de manera especial o ¿era yo la que lo hacía?

Era un día apacible, de esos que la memoria guarda con esmero en lo más recóndito, igual que un niño guarda un tesoro. ¿Habría algo que viniese a perturbar aquel momento? Algo me decía que sí, que no era un día de tantos.

Salí, como de costumbre, sobre las siete de la mañana. La temperatura, a esa hora, aún era agradable.

El sol emergía, pero una luna llena se negaba a irse. Aún permanecía suspendida, ingrávida, dando lugar a una hermosa conjunción. Uno de esos momentos que sabes que, aunque se repitan, ya no será igual.

Pasó por mi lado. Su presencia la percibí en el ambiente, igual que se percibe la sutil fragancia de un perfume.

Unos y otros iban inmersos en sus prisas y pensamientos. Pero él se detuvo y tan solo me habló con la mirada. Eran sus ojos. Había cambiado bastante, pero su mirada mantenía esa edad y esa inocencia que nunca se olvidan.

Había vivido intensamente, aunque hacía poco tiempo que había hecho las paces consigo mismo. Ya no quería dejarse llevar por sus pasiones.

Yo, por entonces, vivía en Dusseldorf. Allí estaba de corresponsal. Cada día, a la misma hora, ahí estaba delante de las cámaras, tan perfecta como siempre había anhelado. Vestida de manera

impecable, recién peinada y maquillada. No había espacio para la duda ni para la equivocación. Todo era una quimera. Aparentemente, en esos momentos, rozaba la perfección, que para mí se había convertido en una obsesión. Entonces, vinieron a mi memoria las últimas palabras que me dijo aquel día que se marchó, cuando yo aún no sabía que lo haría. Las acababa de leer de Bécquer: “Quieres que conservemos una dulce memoria de este amor, pues, amémonos hoy mucho y mañana, digámonos, adiós”. Sin embargo, ni siquiera dijo adiós. Hasta hoy mismo, no supe que se marchó a Casilda, un hermoso pueblo costero de Cuba.

Me preguntó cortésmente:

—¿Cómo estás?

—Bien. Bien—respondí—. Y, ¿tú? Se te ve muy bien.

—Las arrugas que tengo no se ven—dijo—. Te he echado de menos.

Me dejó sin palabras. Si ni siquiera dijo adónde iba y por qué aquella marcha tan repentina.

Aún, así, cuando tenía necesidad de verlo, acudía a la cafetería “El encuentro”, a sabiendas de que, lo más probable, era que él no estuviese. Pero sí permanecía allí su esencia, aunque solo fuese por breves instantes de una larga vida.

Quizás eran ciertas sus palabras, esas que tantas veces resonaron en mi memoria, y que nunca conseguí olvidar. Había soñado tanto con que llegase aquel encuentro, que algo, en mi fuero interno, me repetía que así sería.

Aunque me dije a mí misma que nunca lo buscaría, no lo cumplí. En las horas de agónica soledad, me imaginaba marcando su número de teléfono, un número que me era desconocido, un número que prefería ignorar. En más de una ocasión, saqué el billete de avión para ir al lugar donde se quedó anclada mi felicidad. Y, sí, fui, me embriagué de dulces amaneceres. Soñaba fortuitos en-

cuentros como el que acababa de ocurrir.

Presagiaba demasiadas ataduras y algunos miedos.

Podía haber sido una historia de tantas, de esas relegadas al anonimato, para las que ni siquiera existe el recuerdo.

De repente, se acercó una señora bien parecida, de largas pestañas y labios sugerentes, bastante más joven que ambos. Lo cogió del brazo y dijo:

—Vamos, que llegamos tarde.

A él no le dio tiempo de contestar. Se alejaron entre aquella multitud.

Yo, como en otras ocasiones, no reaccioné. Cuando lo hice ya era tarde. Volví a olvidar aquella frase que me impactó cuando la leí años atrás: “Las oportunidades son como los amaneceres, si uno espera demasiado, se los pierde” de William Arthur Ward.

Corría el mes de junio, con su febril aroma palpitando en el ambiente. Mes de San Juan, de júbilo, de nuevos despertares, de deseos fervientes, que durante el invierno parecían aletargarse.

Con su marcha repentina, sentí que el día se transformaba en uno de esos en los que necesitaba oxigenarme. Una ráfaga de dudas azotó mi mente. Me perdí en esos devaneos que no te llevan a ninguna parte, que te hielan el corazón y no te permiten avanzar en ninguna dirección. De nuevo, esos días de silencios, esas noches de hiriente agonía.

Es curioso, pero siempre busco algo que me conecte con el pasado: un gesto, una cara, una sonrisa. Las casas abandonadas, deterioradas, me parecen un nexo. Algo me dice que, si traspaso esa puerta prohibida, resurgirá lo inerte, parte de lo que hubo, de lo que un día, ya lejano, existió porque, aunque el tiempo todo lo deteriora, hay ciertas cosas que perduran, sentimientos que un día no tuvieron cabida.

De repente, al pasar por una cafetería, de camino a la redacción, la vi. Era la misma chica que se lo había llevado del brazo. Esta vez él no la acompañaba. Aguardé unos segundos tras el cristal, con la esperanza de que él se le acercase en cualquier momento, pero por más que esperé... nada. Ni un leve atisbo de su presencia. Ella estaba allí sentada, impávida. El camarero le servía unas tostadas y un café. En el preciso instante en que untaba la mantequilla, con una minuciosa parsimonia digna de un auténtico cirujano, que tiene todo bajo control, me acerqué nerviosa y, sin más, le dije:

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién? y ¿quién es usted?

—Perdone, pero necesito saber ¿dónde está...? Se fue con usted esta mañana.

—No sé de qué me habla. Debe de haberme confundido con alguien. Me quedé lívida y salí corriendo de allí.

Con relativa frecuencia, creía verlo entre la multitud, pero enseguida pensaba que era mi deseo febril, el que me hacía ver semejante espejismo.

Tremendamente elocuente. Con relativa frecuencia, venía a mi memoria alguna frase célebre que él hubiese mencionado, como la de Caballero Bonald: “Somos el tiempo que nos queda”.

Me encantaban sus locuras, su impulsividad, su espontaneidad. Saboreaba cada instante, como solo sabe hacerse cuando ya se han cumplido algunos años de más, cuando el ocaso ya no parece tan lejano. A veces, lo invadía una gran melancolía. Tenía todo cuanto podía desear, pero se lamentaba de que le faltaba lo más importante: tiempo. Era eso lo que lo mortificaba. Cuando se sinceraba me decía:

—¿Qué puede hacer uno cuando su cabeza, sus sentimientos, tienen ganas de vivir, de gozar y su cuerpo ya no le acompaña? Tu

corazón sigue sintiendo igual o con más ahínco, pero, a la vez, tu cuerpo se va marchitando y no hay vuelta atrás.

Necesitaba verlo. Se había convertido en una necesidad, en una obsesión. No admitiría una derrota. La única referencia, lo único que se me ocurría era, cuando mis obligaciones me lo permitiesen, ir a la cafetería donde aquella mujer, de la que no sabía ni el nombre, solía ir con relativa frecuencia. Fue allí donde una tarde la vi departir con un apuesto joven. Por el semblante de ambos, diría que se trataba de algo serio. También advertí que, en algún momento de la conversación, él le hacía entrega de un sobre cerrado, que ella guardaba con sumo esmero en su bolso. Comencé así a elucubrar cuál podría ser el contenido de aquel sobre.

En cierta ocasión, la seguí, pero debió de advertir mi atrevimiento, ya que tras doblar una esquina ya no supe hacia dónde se había dirigido. Parecía tremendamente suspicaz.

En mi caso, ser conocida jugaba en mi contra. Aquella chica de gesto hierático y cuyos ademanes denotaban una estudiada perfección, similar a la que yo siempre anhelaba y osaba transmitir, y que se hallaba muy lejos de la realidad, guardaba algún secreto y, sobre todo, no me cabía la menor duda, sabía dónde se hallaba él, mi gran amor. Ni una mota de polvo podría alterar el equilibrio conseguido en ese instante, que a mí se me antojaba de placer. Por todo ello decidí recurrir a un detective privado. No estaba dispuesta a dejar escapar mi anhelo de juventud. Pensé que en un par de días estaría resuelto el enigma y, de nuevo, tendría en mis brazos a Noel. Busqué en Google, y me decidí por uno que se anunciaba en letra diminuta, lo que me hacía presagiar máxima discreción.

Me parecía estar viviendo algo onírico, pero siempre me movían sus palabras, que era lo que conservaba de él. Solía decirme “las situaciones más inverosímiles son las reales, no perdamos la esperanza”. Aquella misma frase es la que repetía a sus alumnos, que absorbían sus explicaciones, cada segundo, con la delicadeza de unas medias de seda. Les fascinaban sus historias. Las contaba

con tal realismo, sobre todo las de su infancia y juventud, que los transportaba a hermosos parajes de su Cuba natal.

Tanta sapiencia concentrada en un minuto, que pugna con esa perfección sublime, de una dimensión desconocida, que muchos quisieran hallar...

Yo me enamoré perdidamente, como nunca me había ocurrido. Transcurrieron bastantes años antes de que pudiéramos tenernos frente a frente el uno al otro, pero aquel primer encuentro, seguido de otros muchos posteriores, bien valió la pena. Me acariciaba con una dulzura extrema. Sus manos varoniles, que tantas veces había soñado e imaginado, eran exactamente iguales a como yo las tuve siempre presentes en mi memoria y, aunque, dije que entró en mi vida de soslayo, por una rendija imperceptible, su presencia siempre me hizo seguir adelante. Aunque no lo pudiese ver en todos aquellos años, sus cartas y sus palabras me acompañaban. Sencillamente, lo admiraba. Ese es el principio de toda relación sólida.

—Señorita tómese un café conmigo y la haré feliz el resto de su vida —fueron sus primeras palabras.

Me miró, lanzó un beso al aire y añadió:

—Las mujeres bellas no deben ir solas. Iluminan el alma de quien las ve. Esbocé una sonrisa.

—Tiene una de las sonrisas más hermosas que recuerdo. Encierra candor e ingenuidad.

Recuerdo: ¡Qué palabra que todo lo encierra! Sin recuerdos, verdaderamente, no somos nada. ¿Un niño recién nacido, realmente, podrá tener su mente en blanco? ¿Qué es lo que hace que pueda tener unos recuerdos y otros no? Creo que lo peor que puede ocurrir es carecer de ellos, sean buenos o malos, ya que forman parte de nuestra vida. El recuerdo de sus palabras es lo que a mí me guiaba, pues eso era lo único que tenía, al principio, de él. Pero, por esas mismas palabras podía imaginarlo como si lo

tuviese delante. Ambos nos habíamos realizado una exhaustiva descripción el uno del otro. Nuestras mentes y nuestras vidas ya no podían subsistir si no teníamos el aliento que esas frases nos aportaban. Primero, fueron meramente de cortesía. Luego, poco a poco, se fueron haciendo cada vez más necesarias, incluso fogosas. La imaginación volaba a nuestro antojo. Sabíamos que ese fuego alguna vez aumentaría al unir por fin nuestros cuerpos. Y así fue, pero aún queda mucho por recordar.

¿Por qué tardamos tanto? Solo el destino lo sabe. Él había sido un preso político. No había hecho nada malo, no había robado ni matado a nadie. Simplemente, sus ideas eran contrarias al régimen que se apoderó del país por la fuerza: unas ideas de solidaridad, de amistad, de sana convivencia, que truncaron muchas vidas llenas de bonitas ilusiones, que dejaron una juventud perdida sin ningún motivo justificable. La juventud es algo que nunca debería perderse, al menos, sus hermosas virtudes, pero es que, además, cuando alguien muere a manos de la sinrazón humana algo se apaga en el alma de las personas nobles.

Lo cierto es que, sin saber yo cómo ni quién, comenzaron a llegarme de manera aislada y, luego, más frecuentemente, unas cartas al buzón que, si bien en un principio no reparé en ellas, sí lo hice en los días sucesivos.

CAPÍTULO II

Los días de ferviente primavera, cercanos ya a un incipiente estío, dieron paso a otros aciagos, tras, una vez más, su repentina marcha.

Yo rememoraba una y otra vez cómo su presencia se hizo imprescindible. Y eso que se coló en mi vida por una rendija casi imperceptible, de soslayo. Como ya dije, muy lentamente y cuando no esperaba nada. Una rendija que yo no sabía ni que existía. Cuando las pasiones parecían dormitar en un lecho agónico, inerte, como suelen llegar las grandes cosas, cuando menos se esperan, y una luz se abre ante ti para continuar el bello camino. Era un día tormentoso, pero de corazón palpitante.

Así es cómo me perdí en una fantasía de susurros, que el viento lleva, alentando los sentidos, sentimientos que fluyen, que traspasan fronteras y se elevan al más recóndito infinito. Era como si un manantial hubiese permanecido oculto en mi interior y ahora brotase a borbotones por cada poro de mi piel. No es nada nuevo que las más bellas historias de amor son grandes imposibles, y de ahí deriva su magnificencia.

Tras varias relaciones fallidas me limitaba a vivir el día a día, el “mindfullnes”, el momento presente. Mi última ruptura fue bastante traumática, como tantas otras, y yo había creado una fuerte coraza, que a mí se me antojaba inexpugnable. Mi trabajo como periodista, en uno de los más prestigiosos periódicos de Dusseldorf, me mantenía ocupada en aquellos momentos adversos, previos a su aparición.

Además, por si fuera poco, tenía un hijo en plena adolescencia, incierta juventud de enormes contradicciones, de inseguridades, de grandes descubrimientos, de luchas internas en esos momentos de metamorfosis. Por fin, nos habíamos asentado en Dusseldorf, después de tantos destinos inciertos, de tantos equipajes desechos, de tantas ilusiones dejadas en el camino. Yo sabía que él necesitaba una estabilidad, la certeza que da un hogar y que hasta ahora no habíamos tenido. Se presentaba una etapa difícil para ambos. Sus miedos formaban parte de los míos.

Me viene a la memoria el día que tuve que entrevistarle, recién llegado de Miami. Anteriormente, habíamos mantenido contacto, vía e-mail, para concertar dicha cita. En todos sus correos siempre fue muy amable y educado. Diría, incluso, atento. Pero, cuando lo vi y reparé en él de una manera más exhaustiva, mi cuerpo se estremeció. De un metro ochenta de estatura, cuerpo atlético, impecablemente vestido, con su corbata y un traje de chaqueta en tonos claros, perfectamente coordinados, que resaltaban su tez morena y su imponente barba blanca: una mezcla de mambises y españoles. Al menos, eso me pareció. Ahí, como suele decirse, caí rendida a sus pies. Cuando lo tuve más cerca, comprobé que su perfume era embriagador. Habría hecho desmayarse a la misma diosa Afrodita. Noel era su nombre.

Tras cada jornada agotadora, solía ir con bastante frecuencia a la cafetería “El café azul”, que se hallaba próxima a la redacción. Exquisitamente decorada en tonos blanco y azul de todas las gamas, haciendo honor a su nombre. Cada vez que traspasaba su umbral sentía que allí se hallaba el oasis de paz y de serenidad que tanto anhelaba. Aquel pulcro colorido, junto a la amabilidad de su dueña, le hacían al visitante desear volver, aun antes de haberse marchado. Eso no era todo: la música de Richard Wagner: “La cabalgata de las valquirias”, se alternaba junto con los tangos de Gardel o el “azúcar” de Celia Cruz, pero a unos estudiados decibelios que podían hacer alcanzar el éxtasis. Nostalgia y feliz presente se fundían en el ambiente. Para completar tan sublime suti-

leza, no podía faltar el arte en sus impolutas paredes: hermosas pinturas de Sisley, Emil Nolde, Vermeer o los paisajes de Van Gogh junto a la pintura victoriana de Alma Tadema. Precioso cuadro el de “Las rosas de Heliogábalo”, quien mandó arrojar tal cantidad de pétalos de rosas, que la velada apacible de la antigua Roma se transformó en tragedia. Y es, en ese preciso instante, cuando el pintor supo plasmar esto con suma maestría. Tan magnífico lugar supone el despertar de todos los sentidos.